



número 20 (segundo semestre 2009)
number 20 (second semester 2009)

Revista THEOMAI / THEOMAI Journal

Estudios sobre Sociedad y Desarrollo / Society and Development Studies

Issn: 1515-6443

Editorial

Lo que mata es la humedad: tristeza intelectual en los días que corren

Fin de la Historia y Muerte de las Ideologías son las máximas, aunque ya no declamadas pero sí aún sostenidas, del pensamiento y la intelectualidad dominante de estas últimas décadas. Esto implicó hacer casi un borrón y cuenta nueva al largo proceso de transformaciones y luchas que desde la Revolución Francesa (por poner una fecha ícono) han caracterizado a la modernidad. Estas máximas significan, en clave de gobernabilidad y “excelencia” académica e intelectual, una época de paz, paz por fin; una paz ad infinitum con valores de mercadeo-competencia por recursos y democracia declamativa (teatralizada). Paz de cementerios es la mejor imagen especular de esta situación, en donde la principal víctima es la creatividad, el debate y el desafío constante del intelecto. Paz como ahogo, como opresión, como amedrantamiento de las contracciones no solo musculares sino también cerebrales. Un ahogo opresivo entonces, del tipo de la variable climática característica de la región rioplatense, en esos días donde la humedad aplasta y hace decaer hasta las más mínimas fuerzas. En esos días en donde, “lo que mata es la humedad”.

Es que la apatía ideológica pregonada por varios parece haberse hecho carne en amplios espacios del pensamiento, la cultura y la acción. Y esta apatía surge seguramente como consecuencia de una derrota, luego de la reacción organizada y exitosa del establishment a los rebeldes años `60 y `70; derrota, por otra parte, que el discurso pragmatista dominante nos hace creer como final.

Las ideas de la competencia individualista (no solo en el plano de las transacciones económicas sino en el propio ámbito académico-intelectual) como único eje vertebrador se hacen fuertes, pero sus versiones son diversas y matizadas. Las consecuencias son notables, y lo que impone la moda (sustentada con razones científicas, estéticas y hasta éticas) es competir por subsidios para al mismo tiempo investigar, reflexionar y estudiar sobre los más nimios y fenoménicos detalles de la existencia, sin que estos detalles delaten nunca los supuestos y fundamentalmente las contradicciones que los sostienen o los enfrentan. Es que el pensamiento único, ya sea en su cara más conservadora o en su otra cara más progresista se edifica precisamente sobre una máxima sublime para cualquier estrategia de dominio: ocúpense de las 50 pequeñas cosas para salvar el mundo, mientras tanto el mundo –y sus alienantes relaciones de poder- sigue su curso sin cambios sustanciales.

Toda la historia del pensamiento moderno habla de su permanente desafío a los poderes constituidos, por cuanto fue el complemento fundamental para legitimar el nuevo orden que estaba naciendo primero y consolidándose después. Y si hasta los años `70 parecía darse un nuevo giro ascendente en esta escalada de transgresión

intelectual, en la actualidad en cambio de lo que se trata es de jugar al gato y al ratón alrededor de las 50 pequeñas cosas.

Si en lugar de la relación opresor-oprimido se habla de “gobernabilidad”, si en lugar de la irrefrenable necesidad del capital por destruir la naturaleza se habla de “sustentabilidad”, si en lugar de conflictos sociales y lucha de clases se habla de “acción colectiva y nuevos movimientos sociales”, si en lugar de acumulación y dominación se habla de “desarrollo local”, si en lugar de una ciencia para avanzar en el camino de la solidaridad se habla de “excelencia académica”, si en lugar de entender al trabajo intelectual como una herramienta de creatividad y rebeldía se la entiende como un instrumento para llegar a un lugar de privilegio en la pirámide social y/o ser parte del show-business mass-mediático, es entonces que el intelectual se ha transformado en nada más que un burdo engranaje de la máquina de picar carne y naturaleza. Cuando la preocupación fundamental de un intelectual es “producir papers” que sirvan fundamentalmente para la construcción y el acrecentamiento de su curriculum (y de pasa tener unos segundos de fama), entonces la tarea verdadera del intelectual ha casi fenecido. Es que las reglas del “curriculum-prestigio-fama” llevan indefectiblemente a someterse al sistema de premios y castigos, en donde el premio consiste precisamente en producir kilos y kilos de papeles sin importar que se diga en ellos, en cambio la creatividad y la consecuente falta de respeto a las reglas (que implicaría por ejemplo, una práctica de pensamiento y compromiso) es sinónimo siempre de castigo. Productividad y show-business son el motor fundamental del trabajo intelectual dominante, llevando así, irremediablemente, a una estrategia de elite que se auto-legitima y auto-refrenda en forma permanente, abandonando toda perspectiva de pensamiento crítico y creativo. El único desafío que queda entonces, es aumentar la productividad y el curriculum que dan sustento a la competencia intelectual.

Si la academia actual entonces, es en parte importante una institución que se encarga de regular y medir la productividad científica e intelectual en términos de tabular y hacer un recuento de los “papers” generados, y si mayoritariamente el intelectual no logra escapar a estos mecanismos opresivos que no superan el nivel de nada más que “mirarse el ombligo” (sin importar si sus marcos teóricos sean liberales o marxistas), mientras lo verdaderamente importante ocurre en otro lado, es entonces que el sistema está logrando su cometido.

Es por esto que hoy es necesario más que nunca desandar el camino de mediocridad creciente y “humedad aplastante” y repensar no solo el lugar del intelectual sino también la razón que hace que el trabajo intelectual sirva para recrear la vida y repensar críticamente en forma constante y sistemática la realidad, además del propio lugar del intelectual en el sistema. Es que solo un pensamiento radicalmente crítico, en donde todo pensamiento se convierta en parte de la experiencia vivida (praxis), puede superar esta sensación de ahogo. Un pensamiento crítico que tiene que resurgir y recrearse, pues sin un nuevo intelectual será imposible aspirar a una sociedad y un hombre nuevos.

Guido Galafassi
Director Revista Theomai